

Monterrey, a 24 de abril de 1964.

SR. ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO.
México, D.F.

Muy estimado amigo:

Le escribo a vuelta de correo para ver si así - lastimo un poquito su conciencia y no vuelve a recetarme otra cuarentena de abstinencia epistolar (¿se dice así, mi señor académico?).

Estoy contentísima, y esta alegría se la debo a - usted. Sí, amigo Antonio, pero no piense usted mal, que no se trata - del recorte de "Excélsior" que me envió. Este gusto se lo debo al segundo párrafo de su carta, mismo donde pone de la basura a mi indefenso cuentecito. ¡Qué malo fue! No se lo perdonaré nunca, nunca.

No piense que estoy loca. Bueno, estoy un poquito nada más. Pero, ¿quién no se vuelve loco de contento cuando un amigo le da una prueba de su sinceridad? Créame, Antonio, lo que me dice - de mi cuento, es la mejor prueba de amistad que he recibido en mucho tiempo.

Le mandé ese cuentecito porque mi queridísimo pa-
drino Monseñor Peñalosa me había escrito diciéndome que lo considera-
na una "deliciosa pequeñez" y pensé que le iba a caer en gracia. Yo escribo y escribo, pero no sé cuando una cosa es mala o buena. Todos los cuentos que he escrito me parecen iguales, pues al escribirlos - sentí el mismo gusto.

Para reparar esa equivocación, le mando dos cuen-
tos que acabo de escribir para que escoja el que más le guste. Yo lo aprecio muchísimo y quiero regalarle algo que le guste, y que sea - digno de usted (eso de acuerdo con mis posibilidades). Si de los dos no se hace uno, espéreme un poquito. Al fin que escribo uno a la sema-
na (por eso salen como salen).

Lo de María Elvira Bermúdez me halagó mucho. Ojalá que mi segundo libro no vaya a resultar un fracaso. Por eso lo necesito a usted, ¿ve como soy interesada? Lo necesito para que me dé su opinión, pero todavía falta para que yo publique otro libro. Tal vez el año entrante.

Junto con los cuentos, va otro ya dedicado a una -
amiga que vivé también en la Capital. Este se lo envío para que me dé su opinión. Creo que en este cuento traté de hacer notar mi admiración por Chejov, pero no sé si lo logré, porque al final del cuento volví - a ser yo. No puedo salirme de mi yo, ¡qué fastidio! Le advierto que nadie ha entendido este cuento tan sencillo, ¿me estará volviendo extra-
vagante?

Escribame aunque sea estilo Arca de Noé, pero por -
favor no vaya a resultar estilo "La vuelta al mundo en 80 días", por-
que me enoje.

Afectuosos saludos de, Juva Laliusa

P.D. De Episo escaja el cuento. El otro sigue siendo suyo. Malito y todo lo pendiente. Pero ahora quiero darle otro. No me diga que no lo quiere. Los caballeros nunca dicen no a una dama ¿verdad?

Mardé esto tar cuento a
uno juego Morales en
Zocatecas. En mayo se sabá
quién ganó. Deséeme suerte.
Tengo 13 inéditos. ¡quién
vale cómo está!

Irma Sabina Sepúlveda

NUEZ "

IRMA SABINA SEPULVEDA.

se fue metiendo poco a poco en la

Era hora de regresar, y como siempre, elegí la vereda que corría -
paralela a la acequia.

La primavera estaba a un paso, de ahí que los huizaches, adelantán-
dose a recibirla, ostentaran ya sus leves motas amarillas de dulzona fragan-
cia, y los cardos dispararan en la apretada alfombra de la tierra su nacien-
te forma de estrella marina.

A mi lado, el opalino escaparate de la acequia, mostraba generoso -
las piedrecillas ocres y azulosas que descansaban en el fondo, y repetía su
acompañado murmullo interminable, ensordecido después por el cencerreo de -
las cabras que iban entrando en los corrales para la ordeña vespertina.

Entré en el pueblo a la hora en que los campesinos llegaban de las -
labores con sus carretas cargadas de leña o rastrojo.

Las mujeres habían vuelto a la cocina para ocuparse de la cena, y
las chimeneas salían de su modorra lanzando bocanadas gris acero.

Los viejos sacaban sus mecedoras a la puerta para ver morir el día,
y a media calle, los niños jugaban a la cuerda o a las canicas.

Llegué a casa cuando las últimas nubes teñidas por el oro del cre-
púsculo besaban las crestas de la montaña, y como todas las tardes, el viejo
me esperaba sentado en la banqueta.

Me acerqué, y él no advirtió mi presencia, entretenido como estaba
en deshacer dos cigarrillos sobre la palma de su mano.

" HISTORIA DE UNA NUEZ "

Cuento

IRMA SABINA SEPULVEDA.

El sol, como moneda relumbrante, se fue metiendo poco a poco en la alcancía verdosa de la sierra.

Era hora de regresar, y como siempre, elegí la vereda que corría - paralela a la acequia.

La primavera estaba a un paso, de ahí que los huizaches, adelantándose a recibirla, ostentaran ya sus leves motas amarillas de dulzona fragancia, y los cardos dispararan en la apretada alfombra de la tierra su naciente forma de estrella marina.

A mi lado, el opalino escaparate de la acequia, mostraba generoso - las piedrecillas ocres y azulosas que descansaban en el fondo, y repetía su acompasado murmullo interminable, ensordecido después por el cencerreo de - las cabras que iban entrando en los corrales para la ordeña vespertina.

Entré en el pueblo a la hora en que los campesinos llegaban de las - labores con sus carretas cargadas de leña o rastrojo.

Las mujeres habían vuelto a la cocina para ocuparse de la cena, y las chimeneas salían de su modorra lanzando bocanadas gris acero.

Los viejos sacaban sus mecedoras a la puerta para ver morir el día, y a media calle, los niños jugaban a la cuerda o a las canicas.

Llegué a casa cuando las últimas nubes teñidas por el oro del crepúsculo besaban las crestas de la montaña, y como todas las tardes, el viejo me esperaba sentado en la banqueta.

Me acerqué, y él no advirtió mi presencia, entretenido como estaba en deshacer dos cigarrillos sobre la palma de su mano.

Llevaba anudada en la cintura, la misma camisa sucia y sin botones que dejaba al descubierto su pecho bronceado, sembrado de vellos grisáceos, cenicientos.

El viejo pantalón azul de mezclilla, mostraba manchas de tabaco y grasa a la altura de los muslos, y las inútiles betas, descosidas de la punta, abrían sus fauces dejando a la intemperie diez dedos morenos de gruesas y arremangadas uñas.

No me vio hasta que levantó la barbilla para llenarse la boca de tabaco, y cuando empezó a mascarle moviendo la cabeza al compás de su mandíbula, se quitó el amarillento sombrero de petate que cubría su calvicie, y poniéndolo sobre la banqueta, me invitó a sentarme cerca.

Todas las tardes, el viejo acostumbraba relatarme alguna historia, algún recuerdo extraído del repleto arcón de sus ochenta y nueve años, y yo lo escuchaba atenta, sin perder un solo gesto, un solo acento de aquella vez clarísima que los años no habían logrado envejecer.

Con qué gracia vi asomar por el añoso cristal de su memoria aquellas consejas pueblerinas plagadas de brujas maldicientes y tesoros ocultos que la envidia convertía en carbón.

Pero esa tarde, la última que pasé en el pueblo, quiso despedirme con un triste recuerdo de su infancia:

" Tenía yo diez años cuando pasó aquello. No crea que se lo platico para echarme el caldo de que fui rico. No. Nunca fuimos ricos, pero hubo un tiempo en que tuvimos algo.

Cuando a los quince años de mi edad, murió mi padre, nos dejó en herencia una labor grandísima y treinta cargas de piloncillo que mis hermanos no tardaron en acabarse con sus borracheras.

Bueno, pero no voy a salirme del carril. Lo que a mí me pasó no tiene nada que ver con los dineros. Es cosa del corazón.

Mi madre tuvo tres hijos. Todos varones. Yo fui el menor, y como ella me papachaba mucho, mis hermanos me tenían odiado.

Siempre les cayó mal que mamá procurara lo mejor para mí, y me mandara a la escuela con mis pizarras nuevecitas y montando aquel caballito more que papá me compró.

¡Pobrecita de mi madre!

Parece que la mire como estaba entonces, joven y bonita. Sentada bajo aquel aguacate copudo de hojas brillosas y enceradas donde ponía lumbre y se hincaba a echar tortillas en tiempos de caleres.

Era chaparrita, blanca, de pele güere y ojos berrados, verdeses. Usted no ha de creérmelo porque soy más negro que el cuero de sus zapatos, pero así fue mi madre, no le miento.

Por ahí dicen que los huevos de las gallinas negras son los más blancos, pero conmigo salió al revés.

¡Qué tortillas hacía mi madre! Daba gusto sentarse en cuclillas a la orilla del fogón y verlas inflarse como vejigas para luego agarrarlas humeando y sepearlas con los frijoles caldudos o el caldillo de carne seca en salsa de chile piquín.

Mi mujer siempre tomó a mal que yo alabara lo que mi madre hacía. Pero de algo le sirvieron los picones que le di. Se enseñó a hacer las cosas con cierto tino.

Un día, para no pelear más, llegué a decirle que en esos de los guisos le había sacado un pie adelante a su suegra, y se chifló todita. Me quedó como una miel.

Yo, en el fondo, me reía. ¡Dónde iban a estar sus pencas chamuscadas como las finitas de mi madre! ¡Nunca! Aquéllas eran cosa buena, y tan delgaditas como papeles de china.

Pues sí, mi madre siempre quiso tener una hija, y cuando lo decía - delante de mí, me daba mucho coraje:

- El día que usted tenga una hija, se la mate. Oigalo bien, la mate.

Y ella, al oírme, se reía y me abrazaba diciendo:

- ¡ Ah qué mi hijo tan celoso!

Igual lo hice aquella tarde, cuando me vio salir para la acequia - llevando al caballo para que bebiera.

Traía puestas mis pantalones nuevos de dril que me llegaban a las - corvas, mi camisa blanca bien almidonada, y un sombrero de fieltro de ala ancha como los que se usaban más antes. Igualito al que trae el Santo Niño de Atocha, para que mejor me entienda.

También me había puesto mis medias blancas hasta la rodilla, y unas botas de cordones que me llegaban a medio chamorro.

Al llegar a la acequia, vi a Claudio mi hermano del otro lado del - agua. Estaba con varios amigos.

Junto a la corriente había unas piedras grandotas y boludas donde - las mujeres lavaban ropa, y Claudio, que entonces tendría unos dieciocho -- años, envidioso de que mi madre me prefería, me dijo que me subiera a las - piedras para que sus amigos vieran mejor mis botas nuevas.

A la carrera me subí, pero como las piedras estaban muy resbalosas - por el jabón, me fui de boca contra la acequia. La frente se me partió, y - como del golpe me dio un sopencio, estuve a punto de ahogarme.

Ensangrentado me llevaron cargando hasta la casa. Decía Claudio - que mamá salió gritando como loca. De seguro creyó que me llevaban muerto.

^o¡Pobrecita! El susto que le di fue tan grande que le costó la vida de las tres nifitas que llevaba en su vientre.

Tres hijas hubiera tenido si yo no le doy aquel pesar tan grande.

Ella se consolaba diciendo que era cosa que Dios había ordenado, pero a mí me quedó para siempre una pesadez en el pecho.

Yo, en mis tonteras, le había dicho que si tenía una hija se la - mataba, y no le maté una, sino tres.

A las muchachitas las enterraron junto a la acequia, cerca de las piedras malditas. La gente les puso "Las tres Marías", y los que pasaban de noche por ese rumbo, oían los llantos de las tres criaturitas que por - mi culpa no pudieron nacer".

En vano traté de consolar al viejo aquella tarde. Estaba triste. Muy triste. Tanto, que no quiso aceptar la merienda que a diario le ofrecía.

- No es que quiera desairarla - me dijo - pero me parece que este día me dio bastante con firme.

Sin decir más, extendió su mano morena y puso en las mías esta - nuez.

FIN

IRMA SABINA SEPULVEDA.

Abril 17 de 1964.

" UN ASUNTO FEDERAL "

Cuento

IRMA SABINA SEPULVEDA.

34

¡Sinvergüenza! ¡Baquetón!! Hacernos eso a dos mujeres solas! -
Apenas se puede creer tamaña bribonada. Pero no le durará mucho el gusto.
Yo estoy tirada de panza en este pedregal, pero Cande ya va llegando a la
casa del juez para darle la queja.

Cuando me acuerde de lo que nos pasó, quisiera matar al Telésforo.
Pelado abusador y corriente. Lo que no nos sucedió de jóvenes, vino a pa-
sarnos de viejas. Y todo porque somos unas pobres huérfanas.

Hace sesenta años, cumplidos el trece del mes pasado, murió mamá.
Pero Cande no quiere que se sepa. Cuando tantea que voy a hablar de eso, -
me dice:

- Santitos, no saques a relucir los años que no hay necesidad.

Traigo las rodillas pelonas. También así fue el golpe.

Estoy tan flacuchenta que no hallo lugar que me acomode. Mejor -
voy a moverme de aquí. Las piedras están tan picudas que se clavan como -
sanguijuelas.

Voy a sentarme sobre este zacatito. Al cabo la Cande no se divisa.
Cuando la mire cerca, me tiro al pedregal.

Me arden los brazos. Me arañé con algo. Sí, entre las piedras -
está la rama de chaparro que aplasté al caer. Está chinita de espinas. --
Con razón calaba.

Cande y yo somos gemelas. Nacimos un dos de febrero. Ella le --
cuenta a la gente que mamá murió al nacer nosotras, pero no es cierto. -
Cuando mamá se nos fue teníamos veinte años. Una bicoca.

Mi hermana y yo no nos parecemos. Ella es blanca, chaparrita, y

tiene los ojos muy negros. Es muy corajuda. Cuando era chica y la regañaba mamá, se tiraba a los hormigueros engarrada de coraje.

Yo soy más alta que ella. Tengo el pelo encarrujado y los ojos azules.

Mamá siempre decía:

- Mi Santitos se casará pronto. A los hombres les gustan las de ojos azules.

Yo pienso que mamá lo decía porque una vez vino una gringa al pueblo y todos andaban detrás de ella.

Pero conmigo no salió así. No pude casarme. Cande tampoco. Mi hermana no tuvo otro remedio porque nadie se le arrimó. Yo sí tuve novios, y me querían para casarse. Pero ni a mamá ni a Cande les gustaron mis pretensos.

Tuve suerte para los prietos, y ellas no los podían ver.

- Prietos, ni los zapatos - decía mamá.

A Romualdo sí le quise. Pero ya muerta mamá, Cande me desanimó. La mera verdad fue que no quería que la dejara sola, pero hasta después de atole me vine dando cuenta de su tirada. La Cande es de mala vejiga.

- Estás bien trole, ¿cómo vas a casarte con ese indio? Acuérdate de mamá.

Yo le dije a Romualdo que me esperara tantito, pero no quiso. Muy pronto se casó con otra.

Tengo muy presente lo que me dijo al despedirse:

- No, Santitos, yo no soy hombre para ti. Soy muy prieto y a ti te gusta la espuma de los mares.

¡Qué tonta fui! Quería decirle que me gustaba, pero me acordé de mamá y me quedé callada.

¡Ay!.....!Un lagartijote negro y relumbroso se metió entre las piedras! En el mero pedacito donde caí. Estaba tan gordote que tuvo que zarandearse mucho para caber en el agujero..!Qué asco!

Cuando veo lagartijos me dan ganas de vomitar. Los aborrezco. - Cuentan que a una muchacha la corrieron de su casa porque creían que iba a tener un hijo del novio, pero luego se supo que tenía el estómago lleno de lagartijos.¡Pobrecita!

Sí, sí. Al bribón del Telésforo no le irá bien, por mala que sea la autoridad. Tiene que pagar los daños que nos hizo. A la Cande, aparte de los rasguñones, se le cayó un diente y se le aflojaron los otros cuatro que le quedan.

¡Quién se lo iba a imaginar!

Hace rato, cuando pasábamos por aquí, vimos muchas nueces tiradas en la calle, y aunque sabemos lo ruin que es Telésforo, se nos hizo fácil juntarlas.

Estábamos en eso cuando el muy pelma se asomó por la tapia de sillares.

-¿Qué están haciendo? - dijo.

- Juntante las nueces que cayeron en la calle - contesté.

- Pues se me largan ahora mismo porque este nogal es mío, y las nueces, caigan donde caigan, son mías.

- Estás fregado - respondió mi hermana - El nogal está en tu solar y es tuyo, pero la calle no. Es terreno federal.

Telésforo se quedó bien chato con lo que ella le dijo, y se fue muy callado campaneándose en sus zancas de grillo maicero.

¿Por qué no vendrá la Cande? ¿no hallaría al juez?

Yo aquí, asoleándome como guajolota engorupada, y sin poder moverme hasta que lleguen ellos.

Ese viejo sigludo de tió Beno está tan zorumbato que no sabe ni con guantas gordas llena. ¿quién sería el becerro que lo puso de juez?

Yo no les tengo confianza a los del gobierno. Por sí o por no, voy a esconder la mitad de las nueces debajo del puente. Al fin que no trae agua la acequia.

El muy sinvergüenza del Telésforo se fue muy callado, pero cuando estábamos juntando las últimas nueces, se nos vino por la espalda sin -- hacer ruido. Agarró vuelo, y abriendo los brazos nos dio una nalgada a cada una. Por la fuerza del aventón caímos de boca contra el pedregal. ¡Desgraciado!

Cuando mi hermana lo amenazó con avisarle al juez, ni siquiera se tibió el muy chivato. Agarró del suelo su sombrero y encasquetándose se largó.

- Mira, Cande - le dije - a este bochernoso asunto mejor ni moverle. La nalgada nadie nos la quita, y si das parte al juez, corremos el albur de que nos quite la cubeta con todo y nueces. La autoridad es cachetona y se cobra con lo que encuentra, ya lo sabes.

Pero ella no quiso entender.

- Tú quedate en la misma postura como caíste. Yo voy por don Beno. El infeliz del Telésforo parará en el bote, ya verás.

Dice la gente nueva que el gobierno de tíó Porfirio fue malo para la nación. Pero yo digo que el de ahora está peor. No les tengo nadita de confianza, y lo digo dondequiera. No tengo mi pecho para treja ni me gusta ser cajitá fuerte de nadie.

Allá se divisan la Cande y tíó Beno. Voy a dejarme caer de este lado. No sea que salga el lagartijo y se me meta al seno.

Ya vienen cerca. Oigo rete bien los taconazos del viejo en la banqueta de las López. Tíó Beno no les afloja a sus botines. Se afrenta de los guaraches. Le gusta mucho dar zapatazos donde mira cemento. Por eso le dicen "Pezuñas en banqueta".

Oigo ya la vez de la Cande que viene diciendo:

- Yo le dije: "El negal será tuyo, pero la calle no. Es terreno federal", y él se fue sin decir nada. Pero luego nos llegó por la espalda y dándonos una nalgada a cada una, dijo: "Esto también es federal".

- FIN -

IRMA SABINA SEPULVEDA.

Monterrey, abril de 1964.

PARA ANA MARIA JULIAN:

" EL APRENDIZ DE BRUJO "

Cuento

POR IRMA SABINA SEPULVEDA.

Los dos amigos salieron a caminar después de la siesta.

Agilmente treparon a la loma donde estaba una vieja ermita abandonada, y después de contemplar desde lo alto el verde lienzo del paisaje - que de cuando en cuando se manchaba con la blancura de las casitas encaladas y las grises espirales de sus chimeneas, decidieron descansar un poco antes de continuar tan provechoso ejercicio.

Uno de ellos era muy gordo y usaba sombrero, el otro era delgado y tenía tipo de ministro protestante.

El gordo eligió para sentarse una losa amarillenta que estaba junto a unos arbustos, y antes de que la pobrecita pudiera defenderse, el hombrón cayó sobre ella lanzando un suspiro de alivio.

Como la losa era amplia, el hombre quiso aprovecharla y se acostó - sobre ella quitándose su ridículo sombrerito de palma color café, y colocándose a la altura del ombligo.

En esa posición, y en otras, el sombrerito parecía un dedal sobre una pelota.

El que tenía cara de ministro protestante, pero que no era tal sino escritor, tomó asiento bajo una encina que estaba cerca, y sacando una libretita se puso a escribir algo que tal vez cruzó por su mente en ese rato. Luego exclamó:

- Pobres gentes, además de la pobreza que tienen que soportar, se amargan la vida con supersticiones absurdas.

- Así son - respondió el gordo poniéndose el sombrero sobre la cara

para que los mosquitos y su amigo comprendieran que deseaba silencio y tranquilidad.

Los mequitos comprendieron enseguida, su amigo no. Con aire preocupado siguió diciendo:

- Sólo leyendo buenos libros podría esta gente librarse de la carga de supersticiones que recibe como herencia de generación en generación. Los escritores somos los únicos que podemos salvarlos. Ay, pero la mayoría de mis colegas no se preocupa por dejar moraleja alguna en sus escritos. Todos se limitan a dejar las cosas como están, esto sí no las empeoran. No son capaces de dar la más leve orientación al lector, mucho menos resolver los problemas que ellos mismos plantean. El escritor tiene una grave responsabilidad...

- ¿Qué horas ~~son~~? - preguntó el del sombrero.

- Las cinco - informó el escritor de las moralejas, y temeroso de que su amigo cambiara el tema de tan sustanciosa plática con otra tontería, no soltó la palabra: - El escritor es un maestro nato, y como tal, debe tener conciencia del honroso papel que le asignó el Creador, cuidando siempre de que sus obras eleven, eduquen, y sean la luz que ilumine a los ciegos de la verdad. Tres días en la soledad del campo me han hecho recordar este deber.

- Ah! - gruñó el gordito resignado.

- Estas pobres gentes - continuó el escritor - necesitan de alguien que les resuelva sus problemas. Al terminar nuestras vacaciones, dejaré la novela que estoy escribiendo para dedicarme al cuento. El cuento, como tú sabes, es el género más fácil, y el más accesible para estas pobres gentes.

- Sí - exclamó su amigo debajo del sombrero, mientras arrancaba con

fastidio unas hierbas pequeñitas que ningún daño le hacían.

- La cocinera de las señoras que nos hospedan - agregó el novelista - me dijo esta mañana que al otro lado de esta loma vivía la bruja Gabriela.... ¡Qué inocencia de gentes!... ¿Brujas en estos tiempos? ... ¡Imagínate!

El "imagínate" causó un efecto sorprendente en el gordito. De seguro pasó por su imaginación alguna bruja desdentada, nariguda y terrible, porque abriendo mucho los ojos, se sentó.

- Cuando descanses - continuó el escritor - iremos a la casa de la bruja para desenmascararla. No es justo que esta pobre gente viva atemorizada sin motivo. Escribiré un cuento soberbio, y te lo dedicaré en recuerdo de nuestras vacaciones. El escritor debe...

- Ya descansé - dijo el dueño del futuro cuento poniéndose de pie.

El sombrerito ocupó su lugar, la libretita el suyo, y los dos amigos descendieron rápidamente en dirección a la casa de la bruja.

Al pie de la loma, encontraron una casucha de palma. El humo que salía de la chimenea les indicó que la hechicera se encontraba en casa.

Se acercaron despacio, casi de puntillas, pues el escritor deseaba sorprender a Gabriela en una pose extravagante para darle más fuerza descriptiva a su futuro relato, ~~pero ella estaba en la cocina como de costumbre.~~

En la puerta de la choza se hallaba un sillar que servía de banco, y en él estaba sentado un niño como de cinco años que jugaba con un perrieto negro de escaso pelambre.

Viendo que los hombres se acercaban a la casa, el perro se zafó de los brazos de su dueño y se lanzó sobre los visitantes ladrándoles con coraje.

- ¡Lobo! - gritó el niño - Ven acá.

El animalito obedeció, y los amigos se acercaron sin temores.

El pequeño tenía una carita agradable: ojos grandes y negros, -
labios gordezuelos, y naricilla respingada. Su cabellos, negrísimos, tiesos y brillantes, daban a su cabeza la forma de una mota.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó el escritor tratando de caer bien.

- Mota - respondió el chico abrazando a su perro.

- ¿Vives solo en esta casa? - interrogó el gordo sentándose sobre una piedra y mirando con recelo hacia el interior del jacal.

- Yo vivo con mamá Gabriela, pero ahora no está. Se fue a volar.

- ¿A volar? - rió el escritor burlonamente - No me digas que tu madre sabe volar.

- Mamá vuela mucho, mucho. Todos los días.

- ¿Y por qué no te lleva con ella? - insistió el de la libretita - alguien puede hacerte daño si te quedas solo. Eres pequeño.

- No estoy solo, mamá me mira.

- ¿Te mira? - preguntó el gordito enderezándose muy serio y mirando al chico con atención.

- Sí, me mira. Cuando se va a volar, deja sus ojos en el fogón para que me cuiden - respondió Mota dejando que el Lobo le lamiera los pies.

El hombre de letras rió de nuevo, y asomándose al interior de la casucha, preguntó:

- ¿Dónde están esos ojos? ¿Me lo puedes decir?

- Allí, en la chimenea - contestó el niño señalando dos brasas iguales que brillaban entre las cenizas, separadas de los leños llameantes.

El del sombrero abrió mucho los ojos y rió para hacerle segunda a su amigo, pero no se atrevió a entrar en la choza.

- Tienes mucha imaginación para tu edad - dijo el novelista sin dejar de reír.

- Tengo hambre - replicó Mota sacando una tortilla de la canasta - que estaba cerca y calentándola sobre los ardientes "ojos" de su madre.

Luego cogió manteca con un dedo y la extendió sobre la tortilla caliente poniéndole además una pizca de sal. Salió a la puerta, y dándole parte de su taco al Lobo, se sentó a comer sin preocuparse por los visitantes.

El escritor sacó pronto su librerita, y después de anotar las palabras bruja, Mota, ojos, fogón y tortilla con manteca, la guardó. Enseguida trepó el pie derecho al sillar donde estaba el niño sentado, y apoyando - sus manos sobre la rodilla doblada, le habló con aire paternal:

- Bueno, Mota, ya nos has dicho que tu mamá vuela, y que al salir deja sus ojos en el fogón para que te cuiden. Ahora falta que nos digas - lo que sabes hacer tú.

El gordo sonrió ante la ironía de su amigo, y miró a Mota complacido.

- Yo sé hacer la gallinita, mamá me enseñó.

-¿Podrías hacérsela? - preguntó el del sombrero acercándose.

- Sí - aseguró Mota dándole la última mordida a su taco - espérenme.

Diciendo esto entró en la choza y volvió muy pronto con un brazado de olotes.

Los amigos se daban miraditas burlonas mientras Mota partía cinco olotes por la mitad y los ponía en el suelo formando una estrella. Luego dijo al gordo:

- Dame tu sombrero.

El hombre se lo dio sin chistar, y el niño lo puso encima de los olotes partidos.

El escritor sonreía indulgente al observar la escena.

Mota juntó los pies, apretó los puños, y mirando desde allí las dos brasas iguales que brillaban en la chimenea sin aterciopelarse de ceniza, dijo con el candor de sus cinco años:

- Pío, pío, mamá Gabriela.

Al conjuro de sus palabras, los olotes, convertidos en diez pollitos tan blancos como capullos de algodón, piaron y se movieron bajo el sombrerito café que había tomado la forma de una gallina.

Irma Sabina Sepúlveda.